

LA CAGALERA DE PINOCHET

El pasado miércoles me sacaron de la cama dos muertos: Víctor Jara y Dante Alighieri. Y nos fuimos los tres a visitar a Pinochet. Encontramos al presunto megacriminal también durmiendo y cuando nos vio se quiso esconder bajo las sábanas. Fue Dante quien hizo la pregunta: “¿Es usted católico?” “Sí”, respondió Pinochet entre pucheros. “¡Pues ala: al infierno!”

En pocos segundos estábamos los cuatro en la puerta del infierno de la Divina Comedia. Atravesamos los pavorosos círculos de aquel universo del mal, cada uno pensado para condenar a una clase de pecadores, y llegamos al lugar apropiado para Pinochet: el primer recinto del séptimo círculo: donde los violentos contra el prójimo son eternamente sumergidos en el Flegetonte, que es un río de sangre hirviente. Allí contemplamos el inimaginable sufrimiento de cientos de tiranos que eran vigilados por una imponente manada de centauros. Dos de ellos vinieron galopando. Sabían lo que tenían que hacer: meter al sanguinario dictador en esa tumba eterna de sangre. Y lo metieron. El pobre anciano chapoteaba en aquel líquido gritando como una niña, pidiendo compasión, la misma que él negó a miles de personas que fueron brutalmente torturadas en Chile. Víctor Jara lo miraba tranquilo, cruzando sus brazos sin manos, muy serio. Pasados unos minutos, dijo: “Ya es suficiente”. Los centauros sacaron a Pinochet del río, lo lavaron y lo subieron a una de sus grupas. A nosotros también nos ofrecieron sus cuerpos equinos y partimos al galope, cuatro hombres en cuatro centauros, hacia Londres. Cuando Pinochet estuvo de nuevo en su cama, Víctor Jara le espetó: “Usted también es un ser humano, y aunque haya hecho sufrir hasta la locura a miles de hombres, mujeres y niños, se merece ser tratado como si fuera el mejor representante de la Humanidad. Le deseo un juicio justo. ¡Viva la Democracia! ¡Vivan los derechos humanos!” Esto último lo dijo el cantante con la garganta infectada de lágrimas.

Entonces nos llegó un fuerte olor a heces humanas y huimos al galope hacia las oscuras calles de Londres.

Pinochet, de puro miedo, se había depuesto en sus calzoncillos.